

guna dificultad por la guardia y por el Senado. Este último en su entusiasmo declaró al difunto Cómodo enemigo de la patria y mandó derribar sus estatuas; y á no ser por la energía de Pértinax, el pueblo habría arrastrado el cadáver del difunto emperador por las calles de Roma.

Cuantos conocían el carácter honrado y la pericia de Pértinax, que no era ni codicioso ni intrigante, ni adolecía apenas de ninguno de los defectos de los grandes de su época, y además poseía las simpatías de las legiones, esperaban con razón un período brillante y duradero, como el iniciado por el anciano Nerva; pero tan lisonjera esperanza salió fallida,



Pértinax (museo Capitolino, Roma)

porque el noble Pértinax tuvo la suerte de Galba, y el vengador de su muerte no fué otro Trajano. El reinado de Cómodo había causado daños incalculables al imperio y al mismo tiempo había desorganizado hasta un grado increíble la disciplina y extinguido el espíritu militar del ejército, así en la clase de oficiales como en la tropa y en la misma guardia imperial; y á manos de los pretorianos pereció, en efecto, á los pocos meses el anciano Pértinax.

La dignidad, el desinterés y la sincera resolución con que el nuevo emperador se dedicó sin dilación á curar las heridas del imperio, fueron saludadas con júbilo por toda la gente honrada y patriótica en las provincias y en la capital; pero tantos eran los males y abusos que había que corregir y tan grande fué su ardor por corregirlos en el tiempo mas corto, que olvidó los consejos de la prudencia, que recomendaban mas lentitud. La hacienda estaba tan desorganizada que no hubo mas remedio que suspender francamente el pago de las rentas atrasadas de nueve años de la institución alimenticia. Esta y otras economías indispensables, la energía con que el emperador restableció el orden en la corte y en el alto personal de palacio, las intrigas alevosas de Leto, el prefecto de la guardia, que probablemente no se creyó suficientemente recompensado por su cooperación en la proclamación del nuevo emperador, fueron causa del desgraciado y prematuro fin de Pértinax.

Después de dos tentativas frustradas de la guardia pretoriana con el objeto de suscitar competidores á Pértinax para obtener nuevos donativos como los solía recibir á cada cambio de soberano, ó bien para intimidar al mismo Pértinax y arrancarlos de él, se amotinó aquel cuerpo el 22 de marzo del año 193; penetraron en el palacio doscientos guardias desalmados y llegaron hasta las habitaciones del emperador. Pértinax salió á su encuentro, y estaba á punto con sus razones y su aspecto venerable é imponente de convencer á los amotinados de la indignidad de su conducta, cuando un

feroz soldado belga de la tribu de los tungros, llamado Tausio, rompió el encanto de la majestad hundiendo su espada en el cuerpo del anciano emperador, acompañando su infame acción con groseros denuestos. Enablóse una lucha sangrienta, en la cual murió también heroicamente en defensa de su amo el mayordomo Eclecto, que poco antes se había casado con Marcia.

El Senado y el pueblo de la capital se vieron impotentes para vengar aquel asesinato infame, porque los pretorianos retirados detrás de las murallas del castillo se burlaron de su indignación, y no contentos con esto sacaron á licitación pública la corona, prometiendo proclamar emperador al que mejores condiciones les ofreciera. Hubo dos romanos distinguidos, almas viles que se presentaron para disputarse la púrpura imperial ofrecida en semejantes condiciones; el uno fué el prefecto de policía Flavio Sulpiciano, suegro del emperador asesinado, que le había enviado el día antes de su muerte al castillo para apaciguar á los amotinados; el segundo pretendiente fué M. Didio Salvio Juliano Severo, cónsul, cuyo sobrino estaba desposado con la hija de Pértinax. Didio fué el candidato preferido, porque prometió á cada individuo un donativo de seis mil setecientos ochenta y ocho pesetas. La tropa obligó al Senado, á pesar de su indignación, á conceder á Didio el patriciado, y después fué proclamado emperador en toda regla con asombro general, porque nunca había dado motivo aquel hombre para creerle capaz de prestarse á semejante farsa indigna.

El nuevo emperador era nieto ó biznieto del gran jurista Salvio Juliano; descendía por el lado paterno de la familia Didia, originaria de Mediolano (Milan), y por la parte de su madre de los Salvios. En su juventud había servido como oficial en la Tierra del Diezmo, después en tiempo de Marco



Didio Juliano (museo del Vaticano)

Aurelio había sido gobernador general sucesivamente de Bética, de Dalmacia y de la Germania Baja, y en el año 175 había obtenido el consulado, habiendo gozado hasta entonces fama de hombre probo y servidor apreciable del Estado. Su conducta posterior como gobernador general de Bitinia y de Africa en tiempo de Cómodo, no estuvo exenta de manchas; y cuando á la edad de sesenta años solicitó la dignidad de emperador, le conocía el mundo romano solo por hombre codicioso é inmensamente rico, que gastaba su caudal en excesos y placeres materiales. En el fondo, sin embargo, tenía Didio mas ambición de lo que generalmente se creía, ambición que avivaron mucho mas por un lado sus amigos

y por otro las mujeres de su casa, su esposa Manlia Escantila y su hija Clara, no menos ambiciosas que él. Así fué que dió el paso referido que le proporcionó la diadema imperial por algunas semanas y le atrajo al mismo tiempo el odio mortal del Senado, el desprecio manifiesto del pueblo de la capital, la tolerancia burlona de la guardia pretoriana, y al fin y al cabo una muerte violenta. Apenas instalado en el trono nombró prefecto de policía á su yerno Cornelio Repentino, é iba arreglando las cosas de esta manera á su gusto cuando se convenció con espanto de que el tesoro imperial unido á su caudal propio no bastaban para pagar el enorme donativo que había prometido á la guardia imperial. Su terror subió de punto cuando supo que las legiones del imperio no querían reconocer un emperador en cuya elección solo la guardia pretoriana había tenido parte. Entonces, como á la muerte de Galba, empezó para el mundo romano otro período de guerras civiles.

CAPITULO II

SEPTIMIO SEVERO

La noticia del asesinato del venerado y honrado Pértinax y de los sucesos repugnantes que habían ocurrido después de su muerte, indignó profundamente á los ejércitos que guarnecían las provincias y mas que todos á los de las provincias orientales, que á la sazón eran los mas importantes y que no habían olvidado el precedente de su pronunciamien-



Moneda de oro de Pescenio Níger con la inscripción: IMP. CAES. C(aius) PESC(ennius) NIGER IVST(us) COS. II. (COS. = Cónsul.)

to salvador en favor de Vespasiano. Pescenio Níger, gobernador general de Siria, contando con la simpatía de los habitantes de la capital del imperio, fué el primero de los jefes que se alzó contra el nuevo gobierno y fué proclamado al instante emperador por todo su ejército é inmediatamente después por todo el mundo griego hasta las costas del Adriático. Además este pretendiente podía contar con los buenos oficios del rey de Partia, pero la mala estrella del imperio hizo que se levantaran al propio tiempo otros pretendientes poderosos, uno en la Panonia y otro en Inglaterra. Con Clodio Albino, que se pronunció en este último país, habría sido posible una avenencia asegurándole la sucesión, porque además de descender de una familia patricia antiquísima, contaba entre todos los generales, mas que ninguno, con la simpatía del Senado, del cual era decidido partidario; pero la situación empeoró desde el instante en que se presentó en la palestra el gobernador general de Panonia L. Septimio Severo, compatriota de Clodio Albino, nacido el 11 de abril del año 146 en Septis Magna (Tripoli), en Africa, donde su familia, que era noble, estaba establecida ya en tiempo de Domiciano y gozaba también desde mucho tiempo fuero de ciudadanía romana, teniendo además algunos miembros en el Senado y en la alta administración del imperio. Los padres del nuevo pretendiente eran M. Septimio Geta y Fulvia Pia. El hijo, después de hacer en su país sus estudios, dirigidos especialmente á la jurisprudencia, había pasado para completarlos por el año 172 á Roma, donde su tío Severo, que había sido cónsul el año 171, consiguió del empe-



Moneda de oro con el retrato de Julia Domna, mujer de Septimio Severo, y la inscripción: IVLIA AVGVSTA

truida, llamada Julia Domna, con la cual debía casarse después en segundas nupcias. Durante el gobierno de Perenne vivió Septimio algun tiempo retirado de la vida pública y dedicado á los estudios en Atenas. En los años 187 y 188 volvió á la escena política como gobernador general de la Galia lyonesa, y entonces contrajo su segundo matrimonio con Julia Domna, la cual le dió en 4 de abril del año 188 un hijo llamado Brasiano, á quien la historia conoce por el nombre de Caracalla. Parece que al año siguiente fué Septimio gobernador de Sicilia, y en 26 de mayo del mismo año 189 nació en Milan su segundo hijo, P. Septimio Geta. Después fué nombrado cónsul y en los últimos tiempos de Cómodo recibió el gobierno general de la Panonia Superior.

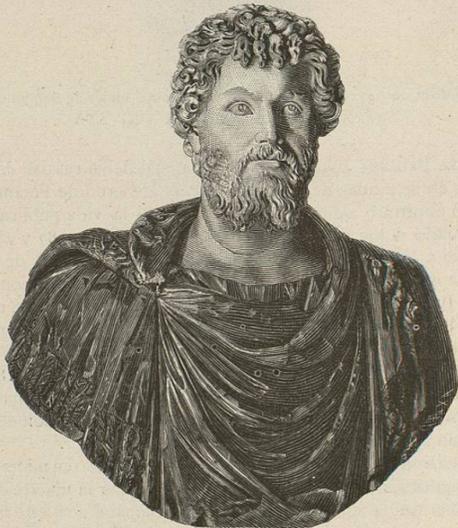
Este hombre ambicioso, enérgico y supersticioso en materia de augurios, aceptó solícito la misión de vengar la muerte de Pértinax que le encargó su ejército, proclamándole á este fin emperador en Carnunto ó bien en Savaria. Desde aquel instante trabajó con enérgico empeño diplomáticamente y haciendo preparativos militares para reunir el mayor número de fuerzas y pertrechos posibles, marchar sobre Roma y apoderarse de esta capital, ya que su competidor Pescenio Níger



Geta.—Moneda de oro con la inscripción: P(ublius) SEPTIMIUS GETA CAES.

se había apoderado de la ciudad de Bizancio. Dueño de Roma, pensaba marchar contra Níger. Para apartar de la lucha al tercer pretendiente, Clodio Albino, contentóle prometiéndole nombrarle César, es decir, asegurándole la sucesión al trono imperial. También supo componerse de manera que todas las legiones del Danubio y del Rin le reconocieran por emperador. Dispuesto todo así, y tomadas las precauciones necesarias para que no quedasen las fronteras abandonadas y los distritos fronterizos á merced de las tribus germánicas, envió una legión, figurando que era su vanguardia, en dirección de la península balcánica, mientras él con un numeroso ejército compuesto de legionarios y tropas auxiliares, se dirigió á marchas forzadas á Italia.

El emperador Didio, cuando supo que casi todos los ejércitos del imperio se habían pronunciado contra él, se sobrecogió, y su terror se aumentó al convencerse de que Septimio Severo, al cual al principio había temido mucho menos que á Pescenio Níger, resultaba ser su adversario mas peligroso. En semejante situación, fueron estériles todas sus medidas militares y políticas. Condenó á muerte como partidarios de Severo al feroz prefecto Leto y á su mujer Marcia; hizo declarar enemigo de la patria al mismo Septimio Severo, mientras una seccion de su tropa adicta, mandada por el nuevo prefecto Tulio Crispino, derrotaba cerca de Rávena á la vanguardia ilírica de Septimio; envió tambien asesinos contra su terrible enemigo, y finalmente mandó hacer armamentos y ejercicios en Roma; pero todas estas disposiciones



Septimio Severo (museo Capitolino, Roma)

no produjeron mas resultado que engañarle á él solo sobre el peligro, que crecía por momentos.

En vista de la escasa confianza que inspiraba la guardia pretoriana por un lado y de las cualidades poco militares de la tropa de marina de Miseno por otro, ocurriole á Didio á última hora ofrecer á Septimio Severo, con el beneplácito del Senado, el cargo de emperador-colega; pero Severo rechazó secamente el ofrecimiento, y no fiándose del embajador, que era Tulio Crispino, le mandó matar. Didio nombró sucesor suyo en la prefectura de la guardia imperial á Veturio Macrino, con el cual Septimio se puso inmediatamente en correspondencia, ofreciendo por su conducto á los pretorianos amnistía si se mantenían quietos y le entregaban los asesinos de Pértinax. Los pretorianos aceptaron, pusieron presos á los asesinos indicados y se entendieron para todo lo demás con el cónsul Silio Mesala. La consecuencia de todo esto fué que se repitió lo que había sucedido cuando la caída de Neron; se reunió el Senado, condenó á Didio á muerte por traidor á la patria y proclamó emperador á Septimio Severo. El infortunado Didio, abandonado de todo el mundo, fué acuchillado por los soldados en el palacio juntamente con su yerno y Flavio Genealis, fiel prefecto de su guardia, en 1.º de junio de 193.

El nuevo emperador recibió la noticia de estos sucesos en Terni por una embajada de cien senadores, y sin dilacion

continuó su marcha hácia la capital. La primera orden que dió fué, en cumplimiento de su promesa, la de ejecución de los asesinos de Pértinax; la segunda, la de que se formara la guardia pretoriana en orden de parada y fuera de Roma cuando él llegase. Así se hizo, y en un instante se vió la guardia pretoriana cercada por los legionarios del emperador, el cual mandó quitarle las armas y caballos despues de dirigirle una arenga formidable, y allí mismo disolvió aquel cuerpo por deshonrado, prohibiendo á sus individuos dejarse ver en toda su vida otra vez en Roma.

No habían merecido otra cosa aquellos soldados por su conducta incalificable; pero el acto de Septimio Severo fué el preludio del reinado puramente militar que se propuso inaugurar. En efecto, Severo no tardó en manifestar su desprecio hácia el elemento civil, muy al revés de sus predecesores, todos los cuales habían evitado cuidadosamente hacer alarde de semejante desprecio, que en el fondo era bastante contrario al génio nacional romano. La primera medida en este sentido fué la reorganización de la guardia pretoriana, que formó de individuos distinguidos de las legiones, para abrir á esta clase de soldados un ascenso, pues la guardia era el cuerpo de preferencia y sus individuos cobraban un sueldo mas crecido que los del resto del ejército. En su consecuencia, quedó abolido el sistema de Augusto, y los países que tenían el privilegio, como Italia y otros, de dar los individuos para aquel cuerpo privilegiado, quedaron en este concepto igualados al resto del imperio. La consecuencia fué que la juventud vigorosa de Italia, perdida esta ventaja, se dedicó al oficio de gladiadores ó desahogó su furor formando bandas de salteadores de caminos. Por otra parte, ingresaron en el cuerpo privilegiado y en el castillo de la capital, guerreros de todas las provincias, asiáticos, africanos, dacios, mesios, dálmatas, panonios, tracios y belgas, que con sus extrañas figuras y nombres bárbaros asustaron á los habitantes de la capital del mundo. Desde entonces fué el ejército, es decir, fueron las legiones el verdadero poder en el imperio.

A su entrada en Roma el nuevo emperador fué recibido con júbilo, y él dió tambien al Senado la acostumbrada promesa de seguridad, que significaba que no podía condenar á muerte á ningún senador sin el consentimiento de toda la corporación. La satisfacción, sin embargo, duró poco; el Senado se sintió ofendido porque Severo, en lugar de presentarse personalmente á solicitar la confirmación de su corona por el alto cuerpo, se limitó á comunicarle los motivos que le habían determinado á ocupar el trono. El pueblo, por su parte, estaba quejoso de los soldados, porque tomaban todo cuanto necesitaban sin pagar nada, y amenazaban con el saqueo cuando la gente se resistía á darles lo que pedían. De este modo, todos mostraron su satisfacción cuando el nuevo emperador, despues de celebrar magníficos funerales en honor del difunto Pértinax, cuyo nombre agregó al suyo, salió de Roma al cabo de treinta días con su ejército para dirigirse contra su competidor, Pescenio Níger. Una legión había sido enviada antes al Africa para impedir que Níger se apoderase del Egipto, el granero de Roma.

Volvió á estar pues casi toda la mitad occidental del imperio en armas contra la mitad oriental, como antes de la batalla de Accio. Pero esta vez decidióse la formidable guerra intestina en varias grandes batallas terrestres, libradas todas en Asia. Grande fué la pericia de Pescenio Níger, pero no fué menor la de Severo, que además ganó á su competidor en rapidez, actividad y energía.

A fines del verano del año 193 dirigióse la hueste de Severo, por tierra, á la península balcánica, que estaba toda en su favor, hasta cerca de los muros de Bizancio. Pescenio

Níger hizo una tentativa desde la costa asiática para apoderarse de la importante plaza de Perinto, en la Tracia, pero era ya tarde; sus tropas fueron rechazadas con grandes pérdidas, y en seguida las legiones de Severo pasaron los Dardanelos y el mar de Mármara. Ya en Asia, se encontraron cerca de Cicico con un ejército enemigo mandado por Emiliano, al cual derrotaron, muriendo el general enemigo en la pelea. Esto sucedía en el año 194. Despues los generales de Severo ocuparon, segun parece, la ciudad de Nicomedia, de la cual hicieron la base de sus operaciones; y cuando acudió Níger, con grandes fuerzas, halló que sus enemigos, á las órdenes de Tiberio Claudio Cándido, jefe de las legiones ilíricas, tenían ocupada una posición imponente en los desfiladeros entre Chios (Prusias, hoy Gemlik) y Nicea. El choque fué formidable. Las fuerzas de Pescenio Níger se vieron expuestas á los tiros, no solo de los enemigos que tenían delante, sino tambien de los arqueros ilírios, que desde dos buques armados y atracados á la playa les enviaron una lluvia de flechas. La lucha continuó con suerte varia hasta la caída de la tarde y concluyó con la huida desordenada de las tropas de Níger, que consiguieron refugiarse en la plaza de Nicea.

Con esta derrota quedó perdida el Asia Menor para Níger, el cual hasta que llegó á Iso (Layazo), en la Cilicia, no pudo hacer frente á los severianos. Un poco mas al Sur del celebrísimo campo de batalla de Alejandro Magno, ocupó una posición excelente en los desfiladeros de la costa que conducen desde las llanuras de Iso á Miriandro. Allí sostuvo con habilidad suma el ataque de los generales enemigos, Lucio Septimio Valeriano y Publio Cornelio Anulino, hasta que una tempestad espantosa facilitó á Valeriano la ocasión de hacer penetrar una parte de su ejército en un espeso bosque que cubría el flanco derecho del ejército de Níger y caer sobre los asiáticos por la espalda. Atacado de esta manera Níger por dos lados tuvo que emprender la retirada, en la cual perdió veinte mil hombres y toda la campaña. Encerrose entonces en la plaza de Antioquia, donde tampoco pudo sostenerse, y emprendió otra vez la fuga hácia el Eufrates, pero fué alcanzado y sus perseguidores le cortaron la cabeza. A fines del año 194 Septimio Severo era dueño de toda la parte oriental del imperio, menos una sola ciudad, Bizancio, cuyos habitantes, en unión con las tropas dirigidas por el eminente ingeniero Prisco, y con el auxilio de su escuadra, que aumentaron hasta quinientas naves, resistieron valerosamente los ataques del ejército de la Mesia, mandado por el general y jefe de la legión I Itálica, L. Mario Máximo Perpetuo Aureliano, mientras el emperador Severo continuaba en Perinto, desde donde, al parecer, dirigió toda la campaña.

Los bizantinos prolongaron su resistencia mucho tiempo á pesar de la muerte de Níger, cuya cabeza, clavada en una pica, les había hecho enseñar Severo desde fuera. De esta resistencia tenaz, que continuaron hasta el año 196, pudo ser causa, en gran parte, el temor que les inspiraba el carácter vengativo y cruel de Severo, que á pesar de todas sus grandes cualidades, era romano de pura raza, duro é inflexible, y carecía de verdadera generosidad. Así lo demostró luego empezando por dirigirse á Siria, donde castigó duramente á los partidarios de Níger, ora individuos y familias, ora ciudades y comarcas enteras que habían tomado partido abiertamente por aquel ó le habían socorrido, ó habían maltratado á poblaciones ó distritos favorables á Severo, ó incurrido por otros motivos en el desagrado del emperador. Pérdida de fueros, multas, impuestos extraordinarios y otros castigos llovieron sobre las ciudades asiáticas, sobre Antioquia particularmente, mientras las dos rivales de esta ciudad, Laodicea y Tiro, que habían abrazado la causa de Severo,

fueron recompensadas con grandes mercedes y elevadas como otras poblaciones de la Siria á la categoría de colonias romanas con derecho itálico. Grandes persecuciones sufrieron tambien las personas partidarias de Pescenio Níger, si bien por lo pronto no se impuso la pena de muerte sino á los individuos de categoría senatorial que habían servido con las armas en su ejército. Muchas otras personas fueron expulsadas del país, siéndoles confiscados sus bienes, castigo que tocó tambien á la viuda é hijos del difunto pretendiente. Al mismo tiempo cuidó Severo de restablecer en todas partes el orden, castigando de paso á los pueblos y potentes aliados de su contrario, así como á los que se habían aprovechado de la discordia civil para invadir el territorio romano por su frontera oriental, ya con el intento declarado de saquear el país, ya pretendiendo acudir al auxilio de Níger. Entre estos pueblos figuraban en primera línea árabes mesopotamios y bandas de Adiabene y de Osroene que se habían apoderado de varias plazas importantes y que estaban todavía sitiando la ciudad de Nisibe. Contra ellos salió Severo á campaña, llegando á esta última ciudad con su ejército en el año 195, y en recompensa de su resistencia la elevó á la categoría de colonia romana. Igual premio recibieron otras dos ciudades de la Mesopotamia. Desde Nisibe los generales de Severo, Cándido, Anulino y Tito Sextio Laterano, emprendieron una serie de expediciones felices contra los pueblos vecinos.

En el año siguiente, 196, estando Severo todavía en la Mesopotamia recibió la noticia, que esperaba desde largo tiempo, de que Bizancio se había entregado. Bizancio, en efecto, despues de una resistencia heroica por mar y por tierra, que duró hasta que el hambre le obligó á rendirse, se entregó, antes de que estallara la guerra entre Severo y su segundo competidor Clodio Albino. Si esta guerra hubiera estallado antes, quizá habría podido salvar á la valiente ciudad. La venganza del irritado emperador fué cruelísima: hizo pasar á cuchillo á todos los funcionarios civiles y á toda la guarnición, á excepcion del incomparable ingeniero Prisco, á quien obligó á entrar á su servicio.

La ciudad fué destruida en gran parte, y sus murallas gigantes fueron arrasadas en lo posible; el fisco imperial se apoderó de todas las propiedades de la ciudad, la cual perdió además su autonomía y todos sus privilegios, de suerte que de hecho resultó degradada hasta la condición de aldea y fué puesta como tal bajo la administración de su rival y vecina la ciudad de Perinto. Años despues, cuando se aplacó el furor de Severo, ordenó él mismo la reconstrucción de la ciudad, y su hijo Caracalla la devolvió una parte de sus fueros y dió principio á la reconstrucción de sus obras de defensa. La debilidad que esta ciudad mostró posteriormente, en una época de gran peligro para el imperio, no fué mas que una de las terribles consecuencias de las guerras civiles destructoras promovidas por ambiciosos. Cuando á principios del verano del año 196 se llevó el emperador una gran parte de su ejército á Europa, ya se sabía que no era para descansar sino para emprender una nueva campaña, porque Clodio Albino, al cual había asegurado hipócritamente la sucesión, viéndose engañado por él, estaba preparándose para la guerra, que era ya inevitable. Nos faltan noticias sobre estos sucesos; solo sabemos que Albino, patricio noble é instruido como era, contaba con muchos amigos en el Senado y tenía en las provincias occidentales mas simpatías que Severo. Así, cuando supo que este último, á su regreso del Asia, al pasar por Viminacio, á orillas del Danubio, había nombrado César á su hijo con los nombres de Aurelio Antonino (antes del 30 de junio de 196), no esperó ya un instante mas para proceder con decisión. Pasó

con sus mejores tropas de Inglaterra á la Galia, y allí formó con las milicias del país y las fuerzas de España, que se pronunciaron á favor suyo, un ejército respetable que no tardó en chocar con el de Severo. Este, cuyas legiones habian declarado fuera de la ley á Clodio Albino, hizo antes de penetrar en la Galia una rápida visita á la capital del imperio, donde obligó al Senado á declarar tambien fuera de la ley á su rival. Segun parece el ejército ilirico de Severo, con el cual iban entonces tambien las tropas del Rhin, pasó por la Panonia y la gran calzada del Danubio y del Rhin hasta la Germania Alta, y de allí á la Galia, marchando luego directamente sobre Lyon, donde estaban reunidas todas las fuerzas de Clodio Albino. Despues de muchos encuentros, entre



Clodio Albino (museo del Vaticano)

ellos algunas verdaderas batallas, casi siempre favorables á Albino, libróse en 18 de febrero del año 197 la accion decisiva cerca de Trevoux, no lejos de Lyon. Severo y sus generales Mario Máximo, Cándido y Plauciano, el prefecto de la guardia imperial, hicieron prodigios de valor; pero tambien los hicieron sus contrarios, y la lucha quedó por mucho tiempo indecisa. Al principio venció el ala derecha de Severo, mientras su ala izquierda se vió en situacion comprometidísima. Acudió entonces la guardia y el emperador con ella, y con su espantosa energía salvó la jornada, acabando de completar la victoria una carga decidida de la caballería al flanco del enemigo, carga que no se habia ejecutado antes porque el general de la caballería Leto, como se dijo despues, no habia querido comprometerse hasta ver á qué lado se inclinaba la fortuna. Cuando Albino lo vió todo perdido, huyó y se ocultó en una casa á orillas del Ródano, hasta que advirtiéndole que sus perseguidores tenian ocupados todos los pasos, se suicidó. Llevaron su cadáver á Severo, que se gozó en contemplarlo con salvaje fruicion, como hijo de Africa que era, llenando de improperios á aquellos inanimados restos. Despues mandó separar del cuerpo la cabeza, y clavada en una estaca la envió al Senado para espanto y escar-

miento de los partidarios de Albino, en cuyo favor el Senado se habia comprometido al recibir las noticias de sus primeras victorias.

Como Severo nada tenia de blando ni de generoso ni de compasivo, procedió despues de su victoria con mas dureza y saña que despues de la muerte de Níger, y abundaron las confiscaciones, las ejecuciones capitales y otros castigos. Entre las poblaciones que se habian declarado por Albino, la que mas padeció fué Lyon, tanto por la venganza directa de Severo como por la rapiña y ferocidad del ejército, y no se recobró enteramente de este desastre ni volvió jamás á ser en el mundo romano lo que habia sido antes de Severo. Pronto fueron destruidos los restos del partido de Albino, y á principios de mayo del año 197 se hallaba ya pacificada toda la Galia. En España tuvo que sostener el general Cándido una seria batalla con otro ejército de Albino, mandado por L. Novio Rufo, y vencido que fué este, se repitieron los castigos como en la Galia.

En Roma, donde se presentó el emperador á principios del verano del mismo año 197, su fiera excedió á todo lo hecho hasta entonces, porque no siendo ya por carácter nada benigno, estaba además influido por su pariente Cayo Fulvio Plauciano, prefecto de la guardia imperial, hombre tan poderoso como perverso y cruel, que le excitó á una serie de actos sangrientos y vengativos. El Senado oyó de boca del emperador insultos y denuestos brutales; veinticinco senadores fueron ejecutados; otros senadores partidarios de Níger, y la familia de este, sufrieron la misma suerte; y Severo, no contento todavia con lo hecho, dictó posteriormente otra serie de sentencias de muerte contra los partidarios de Níger, en la Siria. Entre los senadores partidarios de Albino que pagaron su imprudencia con la vida, se halló tambien el anciano Sulpiciano, suegro de Pértinax.

Por fortuna para todos, fué corta como la primera vez la estancia del emperador en Roma, porque le llamó al extremo Oriente el deseo de castigar al rey de Partia Vologeso IV, el cual no solamente habia dado hospitalidad á muchos partidarios de Níger, que á la muerte de este se habian refugiado en sus dominios, sino que habia aprovechado la ausencia de Severo y su campaña contra Albino para invadir en el año 196 la Mesopotamia y libertar del yugo romano á sus antiguos súbditos y vasallos. En efecto, Vologeso consiguió ocupar la mayor parte del país menos la ciudad de Nisibe, defendida por Leto, general y estadista distinguido, á quien no se debe confundir con el general de caballería del mismo nombre. El rey de Partia, que habia subido al trono unos cuatro años antes, no tardó en tener motivo de arrepentirse de su imprudencia. A mediados del verano del año 197 presentóse Severo con un formidable ejército formado de las legiones iliricas como núcleo, unidas á las legiones asiáticas y otros cuerpos, con los generales Cándido, Plauciano, Bárbaro y Leto, el general de caballería, del cual por no inspirar confianza se prescindió luego en el curso de la campaña. Ante el impetuoso avance del ejército imperial, cedieron los partos en toda la línea, hasta evacuar enteramente la Mesopotamia. El pueblo, las ciudades y los notables, tanto de este país como de Armenia, se apresuraron á presentar al fiero emperador sus homenajes y protestas de fidelidad; pero no se contentó Severo con esto, y resolvió penetrar en el interior de la Partia y castigar á este pueblo turbulento y á su atrevido rey. A este fin reunió en el Éufrates una numerosa escuadra para llevar una parte del ejército y toda la impedimenta primero á Babilonia y luego, por el canal que unia al Éufrates con el Tígris (canal que mandó limpiar y hacer practicable para sus buques), á Ctesifonte y Seleucia. Corria entonces el otoño, la estacion mas agrada-

ble en aquel país, lo cual favorecia la expedicion. Babilonia, abandonada de sus habitantes, fué ocupada por los romanos; luego pasando el Tígris fué ocupada tambien Seleucia, que igualmente se encontró desierta, y desde ella abrió Severo su ataque sobre la capital bien fortificada de Partia, cuyos alrededores y toda la comarca fueron devastados horrorosamente. En el invierno inmediato fué tomada Ctesifonte, á pesar de su heroica defensa y de las epidemias que diezmaron el ejército romano. El rey Vologeso consiguió huir con pocos jinetes al interior; pero en su desgraciada capital los vencedores hicieron una matanza horrorosa, además de cien mil prisioneros, y la ciudad y el palacio fueron saqueados por la tropa.

Con esto quedó satisfecho el emperador; no penetró en el interior del país, ni aceptó una batalla que le ofreció Vologeso con un nuevo ejército que habia reunido, y finalmente se firmó entre ambos beligerantes una paz equitativa. Severo quiso aprovechar su regreso á la Mesopotamia para someter á los árabes del oasis de Atra, al ESE. de Singara, cerca del curso superior del Tigris, pueblo indómito que se habia mostrado ya muy peligroso en tiempo de Trajano. La expedicion no produjo resultado, ni tampoco lo tuvo otra mejor preparada que se emprendió en el año 199. Esta vez el ejército romano, despues de resistir veinte dias las penalidades del clima, los ataques y sorpresas de los jinetes árabes, las lluvias de flechas y el fuego de nafta que le arrojaron aquellos hijos del desierto, habia llegado á abrir brecha en la ciudad principal y estaba en lo mas árduo del asalto cuando recibió orden de retirarse, porque el emperador quiso ahorrarse á la opulenta ciudad los horrores del saqueo, creyendo que los habitantes abririan voluntariamente sus puertas. Pero se engañó, porque los árabes taparon la brecha y no capitularon. Quiso entonces Severo dar otro asalto, pero sus tropas europeas, disgustadas, se negaron á volver á la carga, y las asiáticas que obedecieron no tuvieron fuerza para conseguir el fin deseado; de suerte que Severo tuvo que renunciar á su empresa. Todavía permaneció algunos años en la Siria y el Egipto estudiando estos países, especialmente el último, y dictando medidas gubernativas. Uno de sus trabajos pacíficos de este período debió ser la creacion de tres nuevas legiones que llamó Párticas, I, II y III, de las cuales la I y III fueron destinadas á guarnecer la Mesopotamia y la II con su campamento fortificado sirvió de base á la nueva colonia Resaina, situada entre las de Nisibe y Carres, y que juntamente con la de Zaita debia defender en aquella parte las conquistas hechas. Otra disposicion del emperador fué la division de la Siria en dos provincias: la una, llamada Siria Fenicia, comprendia las comarcas de Heliópolis, Emesa, Damasco, Palmira y los cantones de Auranitis, Batanea y Traconitis; la segunda, que recibió el nombre de Siria Magna, comprendia todo el Norte de la provincia antigua.

Cuando el emperador salió finalmente y para siempre de Siria con su hijo mayor, nombrado desde el año 198 emperador colega, tomó la via terrestre, atravesando el Asia Menor y la península balcánica, deteniéndose en algunos puntos, como en Sirmio, á donde llegó el 18 de marzo del año 202, y desde allí pasó pronto á Italia atravesando el Adriático.

El largo período de paz que pasó Septimio Severo en Roma fué importante bajo mas de un concepto y particularmente para el porvenir del imperio como para el emperador mismo, porque su gobierno inteligente y enérgico le ganó hasta cierto punto las simpatías del Senado. No hay que decir que el emperador celebró su vuelta de la Partia á gusto del pueblo romano con grandes funciones, fiestas, donativos y regalos para el pueblo de la capital, la guardia preto-

IMPERIO ROMANO

riana y el Senado, y de la misma manera celebró el décimo aniversario de su reinado. Tambien siguió el ejemplo de sus predecesores hermoseando la capital con grandes monumentos, entre los cuales figuraban dos templos dedicados á sus divinidades favoritas Baco y Hércules. Restauró la parte del palacio imperial destruida por un incendio en tiempo de Cómodo, levantando la nueva construccion, que llamó *Septizonio*, en la cumbre meridional del Palatino, entre San Gregorio y el extremo Sudeste del Circo Máximo. La fachada suntuosa de esta construccion miraba á la Via Apia; su nombre de Septizonio procedió indudablemente de las siete zonas ó fajas de columnas que le rodeaban, y sus imponentes ruinas existian todavia en el siglo XVI. Por último, el emperador ensanchó y hermoseó el sepulcro de Antonino, situado junto á la Via Apia fuera de la puerta Capena, añadiéndole una tercera cripta imperial.

Dos otros monumentos erigidos en honor de este emperador se han conservado mas ó menos hasta hoy: son dos arcos triunfales, uno grande y otro pequeño. El primero, construido por el Senado y el pueblo en el año 203, en el ángulo Noroeste y en frente del templo de la Concordia, tiene su nivel á tres metros sobre el de la plaza y forma tres arcos. La altura de todo el monumento es de 23 metros, la anchura de 25 y la profundidad de 11'85. El arco del centro tiene una anchura de siete metros y una altura de 12'30, y los arcos laterales cada uno tres y 7'80 metros respectivamente. La base es de piedra calcárea y el resto de mármol. Los pedestales de las ocho columnas que adornan las dos fachadas principales, presentan en bajo relieve, lo mismo que la superficie mural encima de los dos arcos laterales, escenas de la guerra de Mesopotamia. La crítica moderna encuentra estos relieves faltos de unidad en la composicion, de expresion y de vida en las figuras, y de ejecucion artística, y en general toda la disposicion del arco y la ornamentacion pecan por su carácter rudo y superficial; todo lo cual indica un grado muy adelantado de decadencia artística. En el origen coronaba todo el monumento un carro triunfal tirado por seis caballos. El arco menor fué erigido en honor de Severo por los comerciantes de aquel barrio, al parecer en señal de gratitud por ciertas construccion que el emperador mandó hacer allí. La parte artística de este monumento no merece mejor juicio á la crítica que la del anterior.

En el año 204 celebró Septimio Severo otro aniversario secular de la fundacion de Roma con las fiestas correspondientes; pero al mismo tiempo se dedicó á otras ocupaciones mas importantes y propias de la actividad de un gobernante, y sobre todo, á borrar las tristes consecuencias del atroz des-gobierno de Cómodo. Una de las mayores plagas era la inseguridad de los caminos cuando el gobierno no se ocupaba con la solicitud necesaria en perseguir y exterminar las bandas de facinerosos que los infestaban, tanto en Italia como en las demás provincias. Los salteadores se mostraban siempre que alojaba la vigilancia del gobierno, la cual únicamente solia despertarse cuando el mal llegaba á un punto extremo, como sucedió á la conclusion de las guerras civiles que acabamos de referir. Entonces Septimio Severo destruyó con no poco trabajo una banda de seiscientos salteadores, capitaneados por un tal Bula Félix, que durante tres años habia sembrado el terror en la misma Via Apia. Mas cuidados costó, como se comprende, curar las profundas heridas que las costosas guerras y la peste habian causado al imperio. Para esto no bastaba un gobierno enérgico é inteligente como el de Septimio Severo, sino que tambien se requerian tiempo y un largo período de paz, el cual, segun veremos luego, no llegó á gozar el imperio.

Una prueba de otra clase de dificultades que rodearon